

vuestro constante Patrocinio, á fin de que con vuestro ejemplo y ayudados por vuestro socorro, podamos vivir virtuosamente, morir de una manera piadosa y obtened en el cielo la beatitud eterna. Así sea.

MISTERIOS DOLOROSOS.

PRIMER MISTERIO DOLOROSO.

La Oración del Huerto.

Fruto de este misterio: *La Contrición.*

Destruyamos con la gracia el imperio del pecado, y caminemos por las ensangrentadas huellas del Salvador: he aquí lo que nos dicen los misterios Dolorosos.

Jesús había llevado consigo á tres de sus discípulos al Huerto de Getsemaní; antes de separarse de ellos para orar, les dijo: "Triste está mi alma hasta la muerte." Esperadme aquí y velad conmigo. Después de la cena y de haberles lavado los pies á los Apóstoles, y después de haber instituido el Santísimo Sacramento, y exhortádoslos al amor de Dios, al cum-

plimiento de sus mandamientos, y á la más tierna caridad, Jesucristo saliendo de Jerusalén se dirigió al monte de los Olivos y atravesó el torrente Cedrón y llegó al Jardín Getsemaní, tomó consigo á Pedro, Santiago y Juan solamente, diciendo á los otros discípulos que esperaran hasta que volviese á ellos. Entonces la tristeza y el tedio inundaron su alma: mi alma está triste hasta la muerte, dijo; velad y orad Y retirándose entonces á una gruta se prosternó contra la tierra, y dijo á su Padre: "Padre mío, apartad de mí este cáliz, si es posible, pero que se haga vuestra voluntad y no la mía." Y viniendo á sus discípulos, cuya insensibilidad le afligía, los llamó de nuevo y por tres veces repitió la misma oración á su Padre. Mientras más aumenta su dolor que llegó hasta reducirlo á la agonía, oró con más fervor y perseverancia.

Luchaba con tan violentos esfuerzos consigo mismo, que un sudor de

sangre brotó de los poros de su cuerpo, y empapando su túnica goteaba hasta la tierra. Un angel se le apareció para confortarlo..... Derrepente se levantó, y volviéndose á sus discipulos, les dijo: "Levantáos ya, el que me va á entregar se acerca; vamos á su encuentro."

En el Huerto de Getsemani comenzó la pasión que había de salvar al mundo por la humildad, obediencia y dolores de Nuestro Señor Jesucristo,

Aprendamos á acudir á la oración en nuestros trabajos y necesidades.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

SEGUNDO MISTERIO DOLOROSO.

Los azotes que recibió el Hijo de Dios atado á la Columna.

Fruto de este misterio: *La Penitencia.*

Nuestro Señor Jesucristo, después de haber sido preso, atado, atropellado por las calles públicas de Jerusalén, escupido, abofeteado, llevado de tribunal en tribunal, como si fuera malhechor, pedían su muerte los judíos, y para salvarle de la muerte, Pilatos dió la sentencia para que Jesús fuese azo-

tado; se prepararon crueles verdugos destinados para cumplirla con los instrumentos que inventara cada uno para ejecutarla, y de los diferentes, como más crueles, figuran ocho distintos que usaron, con tal furor, como si desearan quitarle la vida á golpes.

Azotes con varas de espino. Azotes con juncos marinos, que eran otras varas correosas: azotes con cordeles pasados de penetrantes puntas de acero: azotes con cadenas de hierro, con los eslabones retorcidos: azotes con nervios de toro, secos y retorcidos: azotes con látigos de cáñamo, con unos alacranes de hierro en las puntas, que despedazaban la carne: azotes con coyundas de carretas y azotes con plomadas, que era un látigo con bolas de plomo en las puntas, el cual era de naturaleza mortal, porque recogía el aire y daba un golpe como balazo, capaz de causar la muerte al que lo recibía. Ligaron á Nuestro Señor Jesucristo á una columna, y empezaron los dos primeros verdugos con las varas, y alzando los brazos con toda

la fuerza que tenían, descargaban los golpes sobre su divino cuerpo, clavándole juntamente las espinas hasta brotar la sangre.

Cansados estos dos verdugos, entraron otros dos con el azote de juncos marinos, que son más sensibles que las varas, porque tienen mayores espinas, son más correosas y se ciñen más al cuerpo: esos, pues, añadiendo heridas sobre heridas, le volvieron á herir todo el santísimo cuerpo, de pies á cabeza, con terrible crueldad, hasta que se rindieron.

Fatigados los cuatro verdugos, llegaron de refresco otros dos con los mismos azotes, desataron al Señor, y volviendo las espaldas á la columna, le azotaron por el pecho y por el estómago, vientre, muslos y piernas, hasta los pies, cubriéndolo todo de llagas, tanto por delante como por las espaldas; se cansaron estos dos, y se fueron á descansar con los demás. Llegaron otros dos verdugos con los

nervios de toro, y como estaba atado con las espaldas hacia la columna, empezaron á descargar por el pecho sagrado, por el estómago y vientre fuertes golpes; ya estaba tan lastimado el Señor, que todos los presentes se persuadieron de que aquellos dos le habían de acabar la vida, continuaron los golpes hasta que se rindieron.

Llegaron otros dos verdugos y le volvieron á desatar, y pegándole el pecho contra la columna y atándole fuertemente, cogiendo otros nervios de toro secos y retorcidos, volvieron á descargar por las espaldas santísimas los golpes, abrían las heridas de las varas, y sobre aquellas cruzaban otras, y la sangre corría y salpicaba á los verdugos en la cara, brazos y vestidos, y como se iban ablandando los azotes, daban unos chasquidos y golpes, que se oían muy lejos; y como también se cansaron estos dos verdugos, se retiraron dejando el santísimo cuerpo deformemente hinchado y de-

negrido, y tan bañado en su sangre, como si lo hubieran metido en una tina hasta la cabeza.

Después fueron seis verdugos con los látigos pasados de puntas de acero, éstos prosiguieron con el martirio, no solamente azotando, sino también clavando con las puntas todo el santísimo cuerpo; las puntas de acero rompen las venas, se clavan en los nervios y pican los huesos hasta quedar todo el santísimo cuerpo, por las espaldas, por delante y por los dos lados, no sólo inhumanamente azotado, sino todo tan picado, como si con leznas lo hubieran ido punzando todos; y se cansaron también.

Continuaron otros seis verdugos con las cadenas retorcidas, azotando á nuestro Salvador por todo el santísimo cuerpo, y le hubieran hecho pedazos todos sus huesos, sino estuviera en contra una profecía, que no le habían de quebrar ni un hueso.

En seguida, llegaron otros seis ver-

dugos con látigos que tenían en las puntas unos alacranes de hierro, con unas puntas y garfios muy agudos y penetrantes; con estos cruelísimos tormentos, se llegaron con ánimo de despedazarle su santísimo cuerpo y arrancarle las entrañas, y fué tal la carnicería que hicieron en su divino cuerpo, que estaba tan despedazado y tan rotas y consumidas sus carnes, que se le descubrían sus huesos y se le veían las costillas de todo punto descarnadas y rasgadas; y se retiraron cansados los verdugos. Ya desesperados de poderle matar los verdugos, vinieron los seis con aquellas plomadas, ó látigos con bolas de plomo, y como desesperados le empezaron á herir y golpear el santísimo cuerpo; y para entender bien este martirio, estaban estos látigos unidos á unas cortas palas, y con las plomadas que tenían en las puntas, cogían vuelo y daban en el cuerpo santísimo como si fueran balazos, atormentaban

las entrañas con el golpe, porque descargando sobre los huesos, alcanzaban con el peso del plomo á lo interior del pecho, y era tal el dolor que resultaba en el corazón y en las entrañas, que aunque el Señor nuestro Salvador no hubiera padecido más tormentos, sólo éste le hubiera quitado la vida muy en breve, si la divinidad no confortara á la humanidad. Aquí fueron más y mayores las agonías, pues los verdugos se cansaban y entraban otros, y como se habían de cumplir las profecías, no había de morir de los azotes, y muchas veces se le vieron blancos los ojos, el cuerpo desmayado y lívido, los miembros todos trémulos y que los parasismos mortales se repetían continuamente unos tras de otros, tanto que corre la voz entre los judíos, diciendo: Ya, ya muere; ya, ya muere; ya acaba, ya acaba; y con todo eso no cesaban los verdugos de azotar á nuestro Redentor. ¡Oh Madre de misericordia! ¡Qué dolores sen-

tiría vuestra alma santísima cuando llegaban á vuestros oídos estas voces!

Cuando cortaron las zogas con que estaba atado á la columna Nuestro Señor Jesucristo, cayó por muerto en aquel lago de sangre que rodeaba la columna, y allí estuvo palpitando y anegado en su propia sangre,

Viendo los verdugos que el Señor, caído en tierra, poco á poco iba volviendo en sí, de nuevo, enfurecidos y embravecidos contra nuestro Señor Jesucristo, lo cercaron por todas partes, y juntos le volvieron á azotar por todo el cuerpo santísimo, sin reservar parte alguna, y habiéndole dado por sus espaldas con los pies, y volviéndole boca arriba lo azotaron desde su santísimo rostro hasta los pies; pero por más que hicieron por matarle, no pudieron, y de cansados lo dejaron. ¡Oh inestimable humildad de Jesús! ¡Oh ejemplo, de todas las virtudes!

Miremos á qué exceso de amor llegó Jesús por salvar el alma de cada uno

de nosotros; miremos con cuánta caridad se ofrece voluntariamente á tan sangriento tormento por nuestra salvación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

TERCER MISTERIO DOLOROSO,

De la corona de espinas que le pusieron al Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: *La mortificación del amor propio: Paciencia.*

Los verdugos están ya ebrios de sangre, y los soldados, que hasta ahora no han hecho nada, quieren divertirse.

Reúnese la soldadesca al rededor de la víctima que han puesto en sus manos. Allí hay un trozo de columna, esto servirá de trono. Quitan al Salvador por segunda vez las vestiduras: echan sobre sus hombros un trapo viejo de escarlata: he aquí el manto real. Pónenle después una caña en la mano derecha; este es el cetro.

Toman los soldados tres ramas cargadas de espinas entrelazadas con arte satánico, y forman una especie de

casco erizado en la parte interior con más de cien puntas; colocaron sobre la cabeza de Jesús este nuevo género de corona jamás vista ni oída; pero como no puede sostenerse, la hacen entrar con violencia á fuerza de golpes. Las espinas penetran por todas partes, á la derecha, á la izquierda, en la frente y en la parte posterior de la cabeza.

Todas las venas se han abierto y la sangre que aun le queda, corre como el agua de una fuente que acaba de abrirse. Un espectáculo tan horrible sirve de alegre entretenimiento á estos soldados. Acércanse á Jesús, unos en pos de otros, y doblan la rodilla diciéndole por mofa y burla: Dios te salve, Rey de los judíos.

Jesús es conducido después á Pilatos, que lo presenta al pueblo, diciéndole: ¡He aquí al hombre! Pero el pueblo le respondió: ¡Qué mueral! ¡Crucifícale!

Un Padre nuestro, diez Ave Marías y un Gloria Patri.

CUARTO MISTERIO DOLOROSO.

La cruz á cuestas.—Jesús llevando su cruz.

Fruto de este Misterio: *Compasión de los males del prójimo.*—*El sufrimiento de las penas de nuestro estado.*

Consideremos cómo los judíos con grandes voces y gritos insistían pidiendo la muerte de Nuestro Redentor. Pilatos, aunque estaba persuadido de la injusticia de aquella gente, pero llevado de respetos humanos, dió sentencia de muerte contra Jesús. Aquellos fieros enemigos no contentos con que fuese crucificado, quieren añadir el tormento de hacerle llevar en sus hombros la cruz en que había de ser clavado.

Ya dispuestas todas las cosas, preparado el sagrado madero de la cruz, los clavos y zogas, martillos y esponja, y todo lo necesario para el martirio y puestos en orden los soldados, tendidas las banderas, y al punto los pregoneros y trompetas, salió el Rey del mundo cercado de sayones, y así que vió enarbolado el sacrosanto madero y que le estaban esperando con él, tomó grande aliento y fuese á él con alegría, diciéndole mil ternuras

y palabras muy dulces y suaves: ¡Oh Cruz Santa y preciosa por mí tanto tiempo buscada, tantas veces deseada, con ardiente afecto solicitada y ya con grande gloria para mí preparada! Ven, descanso mío, alivio único de mis abrasadas ansias, fin glorioso de mis tormentos, dolores y fatigas, principio de mi gloria, cetro de mi reino, triunfo de mis victorias, insignia de mis capitanes y estandarte real de mis ejércitos! Esto dijo el Señor á su cruz, para que los cristianos, enamorados de élla, no la desprecien.

Los verdugos, con feas y malas palabras, le pusieron á nuestro Salvador, sobre los hombros el madero de la cruz, que según se cree, tenía quince pies, ó cinco varas de largo, y ocho pies ó dos varas veinticuatro pulgadas de ancho.

Mientras Jesús caminaba hacia el lugar del suplicio, cae varias veces—comunmente se cuentan tres—por las tres caídas que da el hombre, por

los pecados, original, mortal y venial. La primera caída fué á los ochenta pasos que anduvo después de haber salido de la casa de Pilatos, la segunda en la puerta Judiciaria y la tercera en la subida del Calvario, llegando á tocar con el rostro el suelo, agobiado bajo el peso de la cruz. A las caídas de nuestro Señor Jesucristo, algunos, compadecidos de él, se atreven á gritar: ¡Pobre desgraciado! ¡Qué se muere! Pero no, el amor le conserva las fuerzas para que pueda morir en la cruz. Al levantarse está cubierto de lodo y de sangre.

A derecha é izquierda la turba se divierte con este espectáculo, y producen un bullicio bárbaro que crece por momentos en torno del Salvador. Derrepente quedan todos en silencio y fijan sus miradas en una mujer que, pálida y sostenida por las piadosas mujeres y sin parar mientes en las órdenes de los soldados ni en el furor de los verdugos, se adelanta con pa-

so inseguro hacia la víctima. Llorosa, insultada por unos y rechazada por otros, María llega al fin hasta su Hijo. ¡Qué escena tan conmovedora! Bañado en lágrimas el rostro la siempre Virgen se postra de rodillas á los pies de la víctima Santa, y la estrecha contra su corazón, exclamando entre sollozos: ¡Hijo mío, hijo mío querido! Y Jesús le responde con voz temblorosa: ¡Madre mía! ¡mi querida Madre! Este encuentro doloroso no dura más que un instante. María, transida (de pena, sólo está sostenida por la fuerza divina. Ella ha arrostrado todos los desprecios é insultos para llegar hasta su Hijo, y este Hijo amado ve un corazón amante que le dice: Yo te adoro y te amo, Jesús ha encontrado en su Madre una compensación á todos los ultrajes é injurias de los verdugos, de los soldados y del populo. ¡Cristiano! Jesús espera también de tí esta compensación en el doloroso camino que le hacen recorrer los

impíos, muéstrate en público digno discípulo de Jesuoristo, huella bajo tus pies todo respeto humano y manifiesta claramente y en toda ocasión tus sentimientos religiosos.

Jesús, caminando hacia el Calvario, estaba tan agobiado por el peso de la cruz, que cayó varias veces hasta tocar con el rostro en el suelo, y los verdugos, temiendo que muriese antes de llegar al sitio del suplicio, detuvieron en el camino á un hombre de Cirene, y le obligaron á que ayudara al Salvador á llevar la cruz. Simón se prestó dócilmente á este penoso y doloroso oficio, y su alma compasiva fué premiada con el don precioso de la fe. Pero esta recompensa, aunque era muy grande, era personal y pequeña para el amor de Jesús. Un hombre le había ayudado á llevar la cruz, en reconocimiento de este servicio, él se ofrece á ser participante de los trabajos de todos los hombres, él es en la Eucaristía el divino Cireneo de la huma-

nidad. Cristianos, padecemos, y sostenidos por el Dios que fortalece en cada uno de nosotros, nuestra alma debilitada, llegaremos al término de nuestra vida fatigosa, treparémos por la montaña del Señor, y cuando llamemos á la puerta del cielo, oirémos delante de nosotros la voz del divino Cireneo, que dirá: Abrid, Padre mío, que yo soy, hemos llevado, cual se demuestra, nuestra cruz. Dádnos la recompensa prometida á los dolores padecidos con resignación.

Un Padre nuestro, diez Ave Marias y un Gloria Patri.

QUINTO MISTERIO DOLOROSO.

La crucifixión y muerte del Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: *El amor á Jesús y á María.*

Trasladémonos con el pensamiento al Monte Calvario, célebre por haber sido regado con la sangre del inocentísimo hijo de Dios y consumado en él el Misterio de Redención del mundo.

Consideremos que al llegar el divino Salvador á la cumbre de este monte Calvario, lo desnudaron los verdu-

gos, y al quitarle la túnica, lo hicieron con tal violencia, que le renovaron todas las llagas, y después que los mismos verdugos barrenaron la cruz por tres partes, mandaron al divino Jesús que se extendiese en ella para ser crucificado. Obedeció como mansísimo cordero y se acostó en aquella dura cama que aquel ingrato pueblo le había preparado para recompensar tantos favores, tantas gracias, tantas misericordias que les había dispensado en los tres años de su predicación. Los verdugos enclavaron primero la mano izquierda de Jesús, y como el clavo era grueso y cuadrado, abrió las venas, cortó los nervios y separó los huesos. Con tan intenso martirio, los nervios de la mano derecha se encogieron y quedaron como amortecidos. Para que la mano derecha llegase al barreno del brazo derecho de la cruz, la amarraron con cordeles y tiraron tan fuerte para hacerle llegar al barreno, que descoyun-

taron los huesos del sagrado pecho. Como con el martirio de las manos y brazos se encogió todo el cuerpo santísimo, las rodillas, los muslos y la cintura, quedó encogido todo aquel tiempo, y con los accidentes de muerte que le daban, se enfrió como si estuviera realmente muerto, y con esto no llegaban los pies ni con mucho trecho al barreno, por lo cual le pasaron al Señor un cordel por debajo de los brazos, y sacando las dos puntas por sobre el pecho y rostro santísimo, sentados en el suelo los verdugos y afirmándose con los pies en la cruz aseguraron así las manos; y luego los otros, atándole á cada uno de los pies una zoga, tiraron con tanta crueldad, que le descoyuntaron todo el divinisimo cuerpo, los tobillos, rodillas, cuadriles y costillas, de manera que no quedó en él hueso con hueso, que es de los más crueles martirios. Luego habiendo con esto llegado los pies al barreno, pusieron el pie siniestro

sobre el derecho, y cogiendo dos clavos larguísimos y gruesísimos clavaron el primero por arriba junto al empeine del pie, y el otro por más abajo hacia los dedos; y antes de clavarle los pies, como son partes tan duras y nerviosas, primero se los barrenaron con un hierro largo, para que después hallando el clavo herida abierta, no resbalase al tiempo de clavarlo. Considera aquí, cristiano, que aunque dicen muchos, que los clavos de los pies no fueron dos sino uno, y esto por la tradición antigua, que pinta un pie sobre el otro, esto se contradice con lo que dice Nuestra Señora á Santa Brígida, que se los clavaron con dos clavos, arriba uno y otro abajo, un tormento gravísimo, porque aunque el clavo que entró por los empeines de los sagrados pies, pudiese clavarse sin pegarle las santísimas plantas á la sagrada cruz; pero el que se clavó más abajo forzosamente había de doblar los pies hasta pegar con las

plantas el santo madero. ¡Oh cuántos golpes para todo eso! y ¡cuán intensos serían los dolores que padecía el soberano Jesús! Considera alma otro dolor y es que no le pusieron tabla ni apoyo alguno debajo de los pies para clavárselos en el madero, sino en el mismo tronco de la cruz, y así quedó suspendido en el aire sin tener cosa alguna en que estribar, sino sobre los mismos clavos. De este paso tan lastimoso, pasa á considerar otro más, y es que de la parte en donde crucificaron al Señor hasta el hoyo en donde levantaron la cruz en alto hay catorce pasos, y hasta aquí trajeron al Señor clavado como estaba; y los verdugos la levantaron un poco del suelo, y así medio arrastrando la cruz encima y el Señor abajo, lo llevaron hasta aquel paraje y así lo dejaron caer de golpe en el suelo; míralo cual va medio arrastrando, y dando por aquellas piedras con el cuerpo sobre los clavos, y si lo bajaban, lo arrastraban,

puesto el Señor junto al hoyo donde se había de enarbolar la santísima cruz, la levantaron en alto asiéndola unos verdugos con dos sogas largas por los brazos y las otras arrimadas al pie de la cruz, que entró al fin en el hoyo que estaba hecho en la peña, y así que entró la cruz la dejaron caer de golpe, y como daba en piedra, se estremece todo el divino cuerpo y empezó á temblar en todos los miembros, de manera que el verle era bastante á quebrantar los más duros cora- nes del mundo.

Consideremos cómo nuestro Señor Jesucristo, al tiempo de morir, no solo fué Salvador, Redentor, sino fué también Maestro, y la cruz fué cátedra en donde nos enseñó y nos enseña; así como los buenos padres antes de morir reúnen á sus hijos al rededor de su cama, así nuestro gran Maestro, antes de espirar, olvidándose de sus tormentos y penas, abrió sus divinos labios para despedirse de los

hombres y dejarles importantes avisos de perfección cristiana, y fijémonos en el testamento de nuestro amantísimo Padre Jesús, y oigamos las importantes palabras que pronunció en la cruz:

Primera palabra: "Padre, perdónales, que no saben lo que hacen."

Segunda palabra, y se dirigió al buen ladrón: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Tercera palabra, fué cuando á María Santísima le dijo: "Mujer, he ahí á tu hijo," y á San Juan Evangelista, "he ahí á tu Madre."

Cuarta palabra: "Padre mío, Padre mío, ¿por qué me has abandonado?"

Quinta palabra: "Sed tengo."

Sexta palabra: "Todo está consumado."

Séptima palabra: "Padre, entus manos encomiendo mi espíritu."

Toda la naturaleza se conmovía cuando el divino Jesús padecía tormentos tan atroces, y nuestro Salva-

dor parece olvidarse de sí mismo para darnos las siguientes lecciones:

En la primera palabra nos enseñó á perdonar á nuestros enemigos con una gran caridad, y llamó Padre de todos los hombres al Padre Eterno.

En la segunda palabra nos enseñó cuán heroica es la fe y poderosa la gracia en el ladrón penitente (San Dimas) y en todos los que se arrepienten de sus pecados.

En la tercera palabra, enseñó como deben respetar los hijos á sus padres; y que la Santísima Virgen es madre del linaje humano; y por eso le dió como hijo en su discípulo San Juan Evangelista á su Santísima Madre.

En la cuarta palabra nos enseñó que aunque parezcan cerradas las puertas de las consolaciones del cielo y de la tierra, debemos llevar con santa paciencia y resignación los trabajos, aflicciones y dolores que Dios nos envíe, fortaleciéndonos con la oración.

En la quinta palabra nos enseñó que

tenía sed de nuestra salvacion y conversión, que es la única sed que padecía El que no tenía más cama que la misma cruz, ni más almohada que la corona de espinas, ni más vestido que las llagas y sangre. Le aplican después á la boca una esponja sucia y manchada, empapada en vinagre, porque en esta esponja y vinagre están representados los prófugos que abandonan á Nuestro Señor Jesucristo y se alistan con Satanás. Nuestro Señor tenía sed por la conversión de los pecadores. Con la humildad los hombres perversos se convierten en santos, y con la soberbia los ángeles se convierten en demonios.

En la sexta palabra, nos enseñó que venció á la muerte, al infierno, al mundo y al demonio y que estaba consumada la Redención del género humano, y cómo deben morir los justos, los cuales después de haber cumplido exactamente la voluntad divina en sus diez mandamientos, se entre-

gan resignados á la voluntad de Dios.

En la séptima palabra nos enseñó, que al tiempo de morir entreguemos nuestras almas al Señor; inclinó la divina cabeza y espiró.

Salvador de los hombres, tened misericordia de nosotros pecadores y que cuando dejemos este destierro, nuestras almas sean recibidas en tus manos divinas y en las de la siempre Virgen María tu Santísima Madre, y nuestra por tu gran bondad.

un

Concluido el ofrecimiento díxose el Padre nuestro y después: *Reza Ave Marias con Gloria Patri*

OFRECIMIENTO DE LOS MISTERIOS

DOLOROSOS.

Madre de Dios y afligidísima Virgen, humildemente os ofrecemos esta tercera parte del Rosario de los misterios dolorosos, os suplicamos nos alcancéis de vuestro Hijo, por su pasión y muerte, la exaltación de la fe católica, la conversión de los pecado-

res, paz entre los príncipes cristianos, alivió á las almas del Purgatorio, dolor de nuestros pecados, y una confesión sincera para lograr el fruto de la pasión y muerte de Vuestro divino Hijo. Amén.

Padre nuestro y las tres Ave Marias y demás oraciones, Salve, Antifona, si se reza sólo esta segunda parte como en la primera.

MISTERIOS GLORIOSOS.

PARA MIERCOLES, SABADOS Y DOMINGOS.

PRIMER MISTERIO GLORIOSO.

La Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios.

Fruto de este misterio: La Conversión.

Consideremos cómo el alma del Señor, así que se apartó de su sacrosanto cuerpo dejándolo en la Cruz, con gloria inefable, y acompañado de ángeles innumerables, bajó á los infiernos á sacar las almas de los Santos Padres que estaban en un lugar llamado seno de Abraham, esperando la humana redención, como lo dice la fe católica.

Consideremos resucitado al Señor y que salió del sepulcro sin resistencia de